

LA AGRICULTURA DEL NORTE MEXICANO DURANTE EL SIGLO XX

Luis Aboites Aguilar*

El norte de México destaca por varias características, entre ellas la escasa población (aún hoy cuenta con menos de 21% de la población y con la mitad del territorio), la frontera con Estados Unidos y su planta industrial, en buena medida compuesta por maquiladoras.¹ Otra característica de este norte mexicano es la agricultura, sin duda la más próspera del país.

En los estudios especializados es casi inevitable el señalamiento de la gran desigualdad existente entre los agricultores norteros y los del centro y sur del país. Para explicar ese fenómeno se consideran factores tales como: mayores parcelas e índices de mecanización, mejor disponibilidad de infraestructura de riego y mejores servicios de asistencia y crédito. Pero ¿cuál es el origen de esa agricultura próspera? y ¿cuáles son sus principales etapas? Dar respuesta a estas preguntas es útil para adentrarse en esta historia de indudable importancia en el México de principios del siglo xxi, en vista de las grandes dificultades que ha enfrentado la agricultura mexicana en los últimos años. La agricultura del norte no se ha salvado de esas dificultades, como podrá demostrarse fácilmente.

El origen 1880-1930

La próspera agricultura nortera es cosa reciente, no tiene más de 130 años. Antes de 1880, los productores, en su mayoría asentados en las riberas de los ríos, estaban vinculados a mercados regionales. Con base en técnicas y procedimientos locales, esos productores no destacaban por algún cultivo en especial. No había henequén como en Yucatán ni caña como en Morelos. Organizada para surtir los requerimientos de ciudades y centros mineros, la agricultura nortera se caracterizaba por la diversidad de cultivos.

El cambio agrícola comenzó en la década de 1880, en la Comarca Lagunera. En esa área, de excepcionales condiciones climáticas e hidrológicas, tuvo lugar una acelerada expansión del cultivo del algodón. No es que antes no se sembrara algodón; la diferencia fue la escala y la potencia económica que hizo posible un crecimiento realmente extraordinario. Impulsada por el arribo del ferrocarril, pero también por los capitales de inversionistas de Saltillo, Monterrey y la ciudad de México, la región lagunera adquirió muy pronto los rasgos que la definieron como tal, a saber, una amplia área irrigada, la formación de varios centros urbanos de gran jerarquía en los alrededores (Torreón y Gómez Palacio), un sorprendente incremento de la población (quizá el más alto del país entre 1880 y 1910) y sobre todo el surgimiento de un grupo

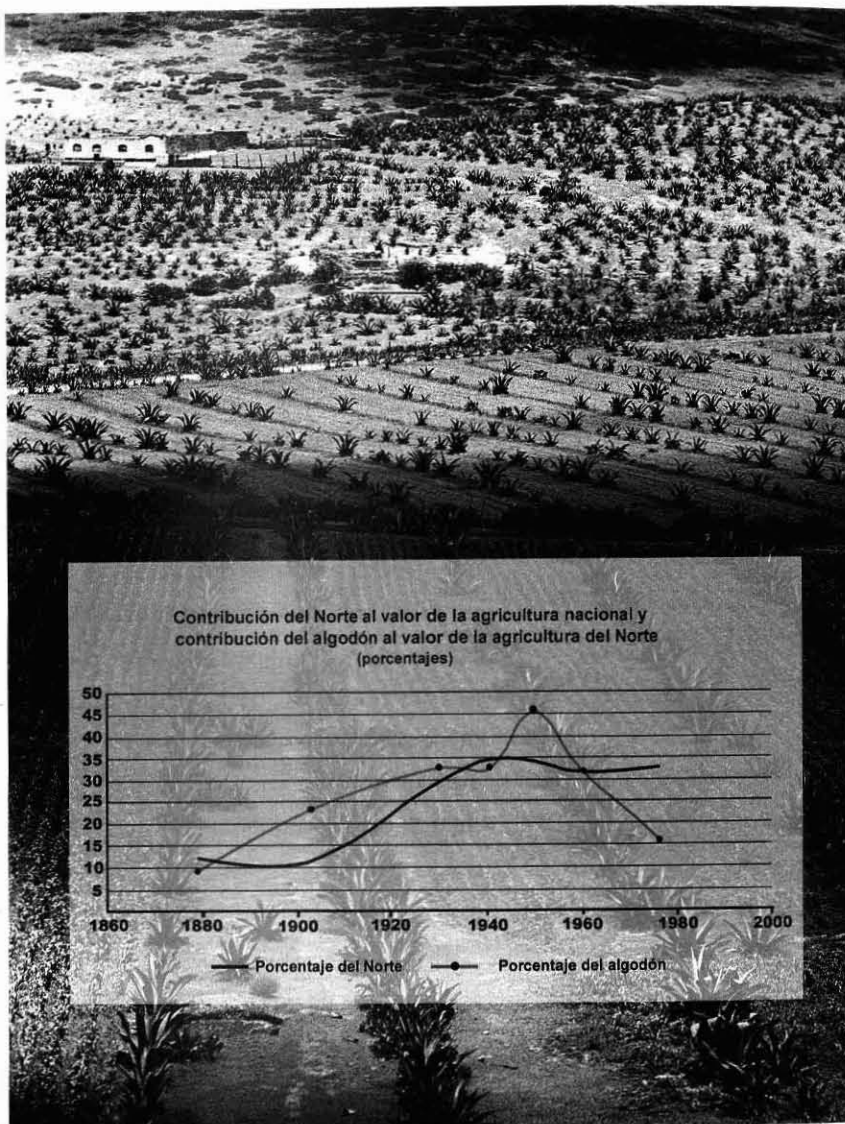
* Director de El Colegio de

refiere a los actuales
Baja California, Coahuila,
Durango, Nuevo León,
Tamaulipas.

de agricultores ávidos de ganancias, de una fuerza de trabajo itinerante y barata que fue indispensable, especialmente para la cosecha. En 1906 la superficie algodnara en esta zona llegó a 150 mil hectáreas, una cifra inusitada en el norte apenas veinte años antes. Un aspecto medular fue que, a diferencia de épocas anteriores, la agricultura lagunera quedó estrechamente ligada a mercados mucho más distantes, sobre todo a las plantas textiles ubicadas en el centro del país. Para 1910 el norte aportaba ya la mayor parte de la producción nacional de esa fibra.

Años después, la fiebre algodnara de la Laguna se repitió a menor escala en el Valle de Mexicali, en este caso gracias al capital de empresarios norteamericanos que a gran velocidad avanzaban en la explotación de tierras y aguas en el suroeste de su país y en el norte de México. Con aguas del río Colorado, entre 1910 y 1930 se abrieron 80 mil hectáreas al cultivo, en su mayor parte destinadas al algodón. Así nació Mexicali, que muy pronto se convirtió en la capital del entonces Territorio de Baja California.

Otras áreas agrícolas que formaron parte de esta misma dinámica fueron las de los valles costeros de Sonora, el Yaqui (donde surgió Ciudad Obregón) y el Mayo. La agricultura ribereña de origen más antiguo, como la del río Sonora con cabecera en Ures, no desapareció del todo pero sí quedó desplazada por la fuerza de las zonas que se expandían mediante fuertes inversiones en obras hidráulicas. Entre 1910 y 1930 en estos valles la superficie irrigada aumentó con más discreción que en la Laguna y Mexicali; las cifras no dejan de ser elocuentes: de 10 mil a 47 mil hectáreas en el caso del Yaqui. En Sonora, el algodón no fue el cultivo importante, más bien lo fueron el garbanzo y el trigo. Los valles costeros sinaloenses, en donde la producción de tomate comenzó a ser un excelente negocio, guardaron semejanzas con los de Sonora, en particular con el de Los Mochis, sobre el río Fuerte, y el de Culiacán. En Los Mochis el cultivo cañero sirvió no sólo para propiciar el nacimiento de esa localidad





sino también para crear un emporio azucarero, propiedad del estadounidense Johnston, por demás figura relevante en el desarrollo económico de Sinaloa.

Este desarrollo agrícola se vio beneficiado por nuevas formas de explotar tierras y aguas, basadas en la electricidad, maquinaria pesada y cemento, por el ferrocarril y por las inversiones extranjeras, sobre todo norteamericanas. La poderosa clase de agricultores que se formó al calor de esa dinámica mostró gran habilidad para capear las consecuencias económicas de la revolución de 1910 y para negociar la continuidad de sus intereses en las décadas sucesivas. Del mismo modo, se formó un amplio sector laboral alimentado por el arribo de numerosos trabajadores del centro y sur del país, atraídos por los salarios más altos y la posibilidad de emigrar a Estados Unidos. El alza de precios de productos agrícolas provocado por la Primera Guerra Mundial contribuyó a dar viabilidad a este proceso de transformación agraria en el norte.

Las características de esta dinámica agrícola se pueden apreciar en la gráfica que acompaña a este texto. Por un lado, la aportación norteña al valor de la agricultura nacional aumentó de manera notable entre 1879 y 1930, y por otro destacó el creciente peso del algodón en el valor de la agricultura de esta área. Dicho de otro modo, el algodón levantó a la agricultura norteña y así ésta ganó un peso decisivo en todo el país. Además, esa prosperidad agrícola implicó una nueva forma de integración del norte al resto del país, sobre la base de un intercambio: el norte enviaba algodón y recibía trabajadores. Lo paradójico es que esa integración al mercado nacional obedeció en gran medida a los vínculos norteños con capitales, tecnologías y mercados externos y no con los proyectos del centro del país.

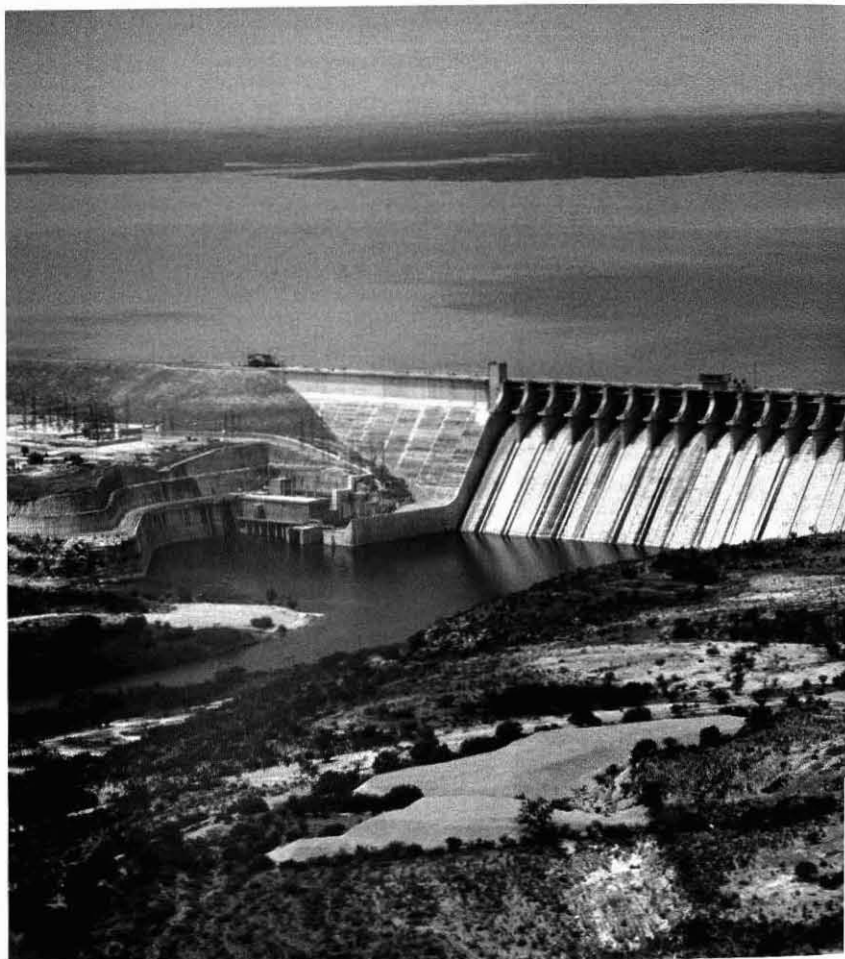
La hora de la inversión pública 1930-1970

Los vencedores de la revolución, sonorenses y norteños en buena medida, dieron continuidad a la dinámica agrícola que hemos descrito. Desde 1926 se agregó un nuevo componente, a saber: la inversión pública y más allá, la injerencia inédita del poder público en el manejo de la tierra y el agua, con base en el artículo 27 de la Constitución de 1917. Una de las secuelas de esas nuevas facultades legales del Estado revolucionario y de la capacidad de su gasto público fue la cancelación del negocio privado vinculado a la expansión de la agricultura, ya que por un lado reclamó para sí el monopolio de la irrigación y por el otro las demandas populares hicieron inviables los proyectos empresariales dedicados a la colonización y fraccionamiento de la gran propiedad. Los grandes terratenientes y las compañías extranjeras perdieron, pero no así los agricultores, quienes se beneficiaron de esta prosperidad en gran medida algodonera. Ellos hallaron modos para consolidar y expandir sus intereses en los años siguientes. El trabajo de Hubert Carton de Grammont sobre Sinaloa es elocuente en este sentido.

Foto: A Estrada

La intervención estatal en este periodo se centró especialmente en la ampliación de la superficie irrigada, tanto en las zonas ya abiertas durante la etapa anterior o bien en zonas nuevas, en donde surgieron ciudades como Delicias y Anáhuac. Tanto en las zonas agrícolas formadas durante el porfiriato como en las áreas abiertas después de 1926, diversas dependencias gubernamentales quedaron a cargo del manejo de tierras, aguas y créditos, a través de una nueva figura burocrática, los distritos de riego.

La vocación nortea de la inversión pública en obras de irrigación ha sido subrayada por diversos estudiosos. En su trabajo sobre la modernización de la agricultura mexicana, Cynthia Hewitt de Alcántara menciona que entre 1940 y 1970 los ocho estados nortea recibieron poco más de 60% de esa gigantesca inversión. El resultado fue un nuevo ciclo de expansión de la superficie cosechada, sobre todo en los valles de la costa del Pacífico y en el norte de Tamaulipas. En esta última zona la cifra llegó a más de 200 mil hectáreas de tierras de excelente calidad que muy pronto quedaron en manos, no de repatriados como pretendió el gobierno cardenista en un primer momento, sino de antiguos propietarios, comerciantes y políticos. En ese contexto surgió una nueva localidad, Valle Hermoso, que ganó la categoría municipal a principios de la década de 1950 a pesar de la oposición del municipio de Matamoros.



Un aspecto fundamental de la agricultura nortea en este tiempo es el auge y decadencia del cultivo algodonero. Hasta mediados de la década de 1950 el algodón se expandió, ganó más y más tierras y aguas. Fue una época de euforia económica que por desgracia no ha merecido ningún estudio concienzudo. Con no pocos abusos, las compañías despepitadoras, en primerísimo lugar Anderson & Clayton, hicieron más expedita la comercialización de la fibra, tanto para abastecer al mercado interno como para exportar excedentes. El aumento de la superficie cosechada y de los rendimientos hicieron posible la exportación de un número de pacas creciente. Dicha producción de algodón se convirtió en una de las principales

fuentes de divisas entre 1945 y 1955. En esos años tres cuartas partes del algodón se colocaron en el mercado internacional.

Sin embargo, a fines de la década de 1950 la situación cambió de manera drástica. Los precios de la fibra cayeron, en parte por maniobras estadounidenses en el mercado mundial y en parte por el creciente uso de fibras sintéticas. Además del descenso de precios, los costos de cultivo subieron por los ataques de plagas, en particular de la *viruela*. El resultado fue la quiebra de miles de agricultores algodoneeros mexicanos. A mediados de los sesenta, el gobierno federal se vio obligado a rescatar a los productores mediante una "consolidación de adeudos", que, por cierto, tampoco ha sido estudiada de manera puntual y que daría mucho qué decir sobre la relación entre productores agrícolas y gobierno.

Los agricultores se vieron obligados a diversificar sus cultivos, lo que marcó un cambio notable en esta actividad. Entre las opciones se contaron cultivos tradicionales como maíz y trigo —protegidos por altos precios internos— y otros como el sorgo y la alfalfa, que indicaban un auge inusitado de la agroindustria. Los frutales también ganaron espacio.

La diversificación de cultivos marcó el final del episodio algodoneero de la agricultura nortea. Sin embargo, como se puede apreciar en la gráfica que acompaña este texto, el declive de esa fibra, tan notable después de 1960, no trajo consigo una baja en la aportación nortea al valor de la agricultura nacional, que se sostuvo en el nivel alcanzado desde 1930. Lo importante es que quienes siguieron sembrando algodón en el norte fueron principalmente los ejidatarios, un grupo de productores manipulable por medio del crédito oficial. A ellos les tocaría lidiar con este cultivo en la época de vacas flacas.

La crisis 1970-2000

Durante la década de 1970 se consolidó la diversificación de cultivos en las principales zonas agrícolas del norte mexicano. Lo mismo ocurrió en las pequeñas áreas que se habían mantenido al margen de la poderosa palanca del gasto público, pero no en aquéllos que vivieron el auge algodoneero. Los lugares en los que el algodón no había tenido tanta preponderancia no se vieron afectados por sus alzas y bajas. Estas áreas, sinaloenses sobre todo, dedicadas a la exportación del tomate vivieron otra experiencia. En estos casos los productores hallaron condiciones para mantener su producción e incluso para mejorarla técnicamente. Allí empezó a ser común el riego por goteo y más adelante la aplicación dosificada de fertilizante junto con el agua (la llamada fertirrigación), así como el uso del láser para el trazo de parcelas. Estos verdaderos nichos de agricultura empresarial resistieron mejor las nuevas condiciones de la actividad agrícola. Entre esas nuevas condiciones habría que mencionar dos cambios drásticos en las políticas gubernamentales

Foto: A Estrada

que sacudieron a la agricultura nacional en su conjunto: por un lado, la disminución si no es que el retiro virtual de la inversión pública y por otro, la apertura comercial. Para colmo, estos cambios, que se hicieron sentir después de 1983, se vieron acompañados por una drástica disminución de la precipitación pluvial en la década de 1990, acaso tan severa como la de 1949-1958.

El arribo de productos extranjeros a bajos precios, el endurecimiento del crédito, el alza de insumos y la sequía provocaron grandes dificultades a diversos grupos de productores, incluidos algunos que se habían enriquecido en años anteriores por el auge algodonero o bien en la etapa de diversificación de cultivos. Las quiebras y endeudamientos crónicos se hicieron cosa cada vez más común. El auge de El Barzón, la toma de bodegas y casetas de peaje, el cierre de carreteras, los desfiles con maquinaria agrícola, han sido otras tantas manifestaciones de la inconformidad de los otrora prósperos agricultores. En contraste, aquellos dedicados a la siembra de insumos para la industria lechera o alimentaria, a la producción de legumbres y productos de exportación fueron de los pocos que pudieron sortear el nuevo escenario. Como siempre, los sectores más vulnerables ofrecieron lo que les quedaba, sus derechos a la tierra y al agua. Tampoco se ha estudiado de manera sistemática el efecto de los cambios al artículo 27 constitucional de 1992 en este movimiento de recursos productivos, sobre todo de aquellos en manos de ejidatarios. Lo cierto es que ha habido acaparamiento de tierras y aguas, por ejemplo en la Laguna para la producción lechera. Tampoco se ha investigado a fondo qué hicieron los agricultores que abandonaron la actividad. ¿También se sumaron a la migración como los ejidatarios y jornaleros? No lo sabemos de cierto.

Un componente de esta crisis de la agricultura nortea —que una vez más tampoco ha sido estudiado— es el empequeñecimiento notable de la superficie cosechada. En este caso el analista debe ser muy cuidadoso para distinguir las causas naturales de su reducción, es decir, la sequía, de las causas de índole social, como las ya mencionadas sobre la reducción del gasto y la apertura comercial. En este último sentido cabe considerar también el deterioro ambiental, reflejado en la sobrexplotación de mantos acuíferos subterráneos, una práctica tecnológica que se generalizó a partir de 1950. El arsénico en la Comarca Lagunera y la intrusión salina en la costa de Hermosillo son quizá los indicios más alarmantes y atendidos por la opinión pública. Este límite ambiental también ha obligado a reducir la actividad agrícola. En ese distrito sonorense, que depende por entero del agua subterránea, la superficie cultivada alcanzó su máximo histórico en 1969-1970, con 130 mil hectáreas. Desde entonces se ha reducido hasta menos de la mitad, 60 mil hectáreas en el ciclo 1991-1992.





Foto: A Estrada

Si en la primera parte de este escrito el argumento descansó en los aumentos de superficie, en esta última se tiene que hablar más de las reducciones. El problema es que sabemos mucho más de lo primero que de lo segundo. Una hipótesis de trabajo es que el estudio cuidadoso de las reducciones tal vez lleve a la conclusión de que la agricultura nortea ha pasado ya a mejor vida. Lo grave de esta comprobación es que estamos hablando de la agricultura más próspera del país. Y si eso ocurre en el norte, habrá que imaginar la gravedad de la situación en las áreas pobres del centro y sur del país.

Por último, cabe retomar el componente de integración que se ha destacado para la agricultura nortea. Si ésta ya es cosa del pasado, habría que preguntarse si en lo sucesivo la industria maquiladora, alimentaria, de bebidas y la reciente de la rama automotriz tendrán la suficiente fuerza para distinguir al norte, como tan bien lo hizo la agricultura al menos entre 1880 y 1970. Asimismo habría que preguntarse por el estado que guarda la integración del norte al resto del país. ¿Tiene la actividad industrial contemporánea el sentido integrador que tuvo el algodón? *